

MONTALVO FIALLOS, JUAN (1832-1889)

LA MUJER

Entre las necesidades de los hombres, ninguna de más tomo que el haber dudado acerca de la naturaleza de la mujer; y entre sus desvergüenzas, ninguna más digna de castigo que el haber sujetado a votación el alma del bello sexo. ¿Pero la tenían los que discutían y votaban? Si la mujer no tiene alma, no hay por qué la tenga el hombre, pues dijo el Criador: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza»; y el Criador lo entendía del hombre y la mujer, o de la especie humana.

Hagan y digan los concilios lo que quieran, nosotros, remontémonos al Olimpo, y veámoslo cubierto de grey femenina, rebosando en deidades seductoras, que se dividen el Empíreo por iguales partes con los dioses. Y aun así, ellas tienen lo mejor: Júpiter lanza el rayo, mas la sabiduría es dote de Minerva: el uno la fuerza y el poder, la otra el consejo y la previsión; el uno el fruncir las cejas y hacer temblar cielos y tierra, según el sublime verso de Homero, la otra el tomar las cosas en su mejor aspecto, el decidir las conforme a la eterna sabiduría: el uno el destruir y el vengarse, la otra el castigar con mesura, el perdonar con clemencia. Bien conocieron los hombres primitivos la naturaleza de la mujer, cuando la invistieron de las prendas con que brilla esa divinidad, y por Dios, que más veneración alcanzaba entre ellos Berecintia que Saturno, y la púdica Diana era más querida que el enamorado Febo.

Si bajamos a la tierra, encontramos al sexo débil el más fuerte desde los primeros tiempos: el pronunciar los oráculos divinos, casi siempre fue empleo de mujeres; el mantener el fuego sagrado, de mujeres; el inspirar a los legisladores y a los reyes, como ninfas y magas tocadas del espíritu celestial, de mujeres. Conque si los dioses hablaron, hablaron por boca de ellas; ellas fueron las intérpretes de su voluntad soberana. Apolo no se abre por lo común en su templo al sacerdote: la pitonisa que poseída del furor divino pronuncia las verdades eternas y advierte las futuras, mujer es; la Sibila que descubre los hadas al pío Eneas, mujer es; la que presenta al rey de Roma los libros de la sabiduría, mujer es; mujer Beleda, que trata con la Divinidad, y vive oculta de los hombres en una torre solitaria.

El sabio Numa no entró en conversaciones con Mercurio, ni tuvo citas con el padre de los dioses; y eso que iba a dar forma a un gobierno, y a discutir acerca de la política y de las leyes que más conviniesen a su reino: sabio era Numa; quiso más bien ponerse en contacto con la Divinidad por medio del sexo femenino, y se enamoró de Egeria. Los romanos le creyeron: Numa tiene amores con una ninfa; el cielo le habla por su boca; cuanto hace y manda al pueblo, decretos son de la eterna Providencia. En avanzada noche el rey desaparece del palacio, nadie se atreve a seguir sus pasos: Egeria le espera en una gruta, en donde una agua pura y murmurante brota de la peña viva: plantas trepadoras,

flores aromáticas la cubren con su frondosidad, y cuando Numa penetra en la fresca gruta, los romanos esperan en religioso silencio las instrucciones superiores que su rey ha de recibir de su inmortal querida. Egeria cierra el templo de Jano; Egeria comunica a los corazones los blandos movimientos de la paz; Egeria vuelve religioso al indiferente, sufrido al impaciente, ciudadano reposado y misericordioso al sanguinario y feroz discípulo de Rómulo. ¡Egeria! ¡Egeria! es la voz que cunde en Roma durante cuarenta años.

Los helenos primitivos llamaban a la mujer a todos sus espectáculos, y era ella la parte principal en todas sus solemnidades, así religiosas como políticas o de puro entretenimiento. En Esparta se oía su dictamen en el consejo, y tenía voto en materias de gobierno: en la casa, la mujer era todo, y el marido le debía el más completo sometimiento, pues la educación de la esparciata nada daba que temer, y el hombre estaba libre de una caprichosa tiranía, o de una indeliberada y peligrosa conducta. Licurgo había formado a la mujer por medio de sus leyes; la mujer formaba al hombre. ¿Cómo es que predomináis sobre los varones? preguntó una ateniense a Gorgo, madre de Leónidas. Como que nosotras sabemos parirlos, respondió la espartana. Sí, en la Esparta las mujeres parían hombres, y los sabían criar, y educados por ellas, eran Ajises, Leónidas y Brasidas.

Las épocas más brillantes de las naciones fueron siempre aquellas en que más preponderaron las mujeres, tales como la de Pericles en Atenas, la de los Escipiones en Roma, y en los tiempos modernos, la de las Sevigné, las Laffayette y las Stäel en Francia. Aspasia es una cortesana, y los filósofos de más nombre van a su casa a ilustrarse en la sabiduría, no en la prostitución: Pericles aprendió de Aspasia la elocuencia; Sócrates tuvo en mucho su amistad, y no sacó poco provecho de sus filosóficas visitas. En los días más cultos de Roma los grandes hombres acudían al estrado de las mujeres distinguidas a tomar lecciones de la lengua y de filosofía, sin contar con que las matronas romanas alcanzaban de los hombres veneración casi igual a la que rendían a los dioses. Las vestales gozaban mil privilegios; eran una suerte de pontífices, que merecían el respeto del pueblo, principiando desde los gobernadores de la República. ¿Cuál no sería el culto que se rendía a las mujeres en Roma, cuando el senado mandó al pretor a casa de Urgulania, mujer particular, a recibir las declaraciones para que se le había llamado? Urgulania, soberbia, y bien poseída de los fueros de su sexo, negose a comparecer en el senado por testigo de verdad; y el Senado, lejos de dejarse arrebatar de la ira y dictar medidas violentas, se allanó a enviar al pretor, magistrado de gran suposición, a casa de un testigo. Y esto reinando Tiberio, esto es, cuando las virtudes andaban por puertas ajenas, y el vicio en todas formas se había enseñoreado en Roma. El príncipe, el senado, el ejército, el pueblo, nobles y plebeyos, todos iban por el mismo camino: recordar a Bruto era delito de lesa majestad; nombrar a Casio, incurrir en pena de la vida. El emperador había hecho pintar en sus salas la Impudicia, en las variadas y horribles posturas que su cortejo Etifacles imaginó por orden suya: y lo que hacía el emperador hacían los imperados, las víctimas imitaban al verdugo. Roma era una vasta sentina de vicios, en donde el libertinaje, el soborno, la calumnia, la delación hervían a todo fuego; las virtudes habían huido al vuelo de ese clima infestado por el aliento de Tiberio; y sólo una virtud se dejó estar inmóvil, como el dios Término, -el respeto a la mujer: todo lo osaron los romanos, menos despreciarla; todo lo intentaron, menos abatirla: esa deidad,

siempre la misma, ora salga y se encamine silenciosa al ejército de los Vosgos, a postrarse a los pies de Coriolano o a mandarle como reina, ora suba en carro triunfal al Capitolio, infringiendo las leyes y costumbres de sus antepasados¹¹.

Si volvemos a los griegos, vemos a la mujer endiosada por ellos, árbitro del honor y la gloria de los hombres: Corina arrebató a Píndaro la diadema de laurel en las justas literarias, y la que ya brillaba por la hermosura, hace también suyo el premio de la poesía. El vencido dijo en su despecho que los griegos habían cometido injusticia para con él, que se habían dejado cohechar por las promesas de su rival, y que le defraudaban a él el prezo de la victoria. ¡Mal mirado Píndaro! No pudo someterse al juicio de los jueces, con tanta mayor cortesía, cuanto que su adversario era una bella joven que por fuerza había de vencer. ¿Cómo quería triunfar de una Corina? La más grata victoria para él hubiera sido cedérsela urbanamente, puesto que él fuese superior: de ese modo, habría sido vencido victorioso, cuando con su despecho y sus vociferaciones se manifestó indigno de esos triunfos. Si es verdad que los griegos cometieron injusticia dando la palma a Corina, auto en favor: eso prueba las contemplaciones que se tenían por la mujer, y los miramientos que la enaltecían sobre los hombres.

El premio de la victoria en los juegos olímpicos no consistía tanto en una corona gramínea o un vaso de oro, cuanto en los aplausos con que honraban al vencedor las beldades, testigos de su gloria. Alcibíades se lanza en su carro tirado por yeguas leves y ligeras como el céfiro: mil ojos le siguen, mil corazones palpitan y se van tras él: vuela el mozo, alcanza, traspasa a sus rivales, y cuando ha llegado al término, vuelve acompasado y grave a recoger miradas y suspiros de tantas y tan hechiceras jóvenes como tienen a honra el ser vistas por el hermoso libertino.

Los Sámmites tenían concursos donde las virtudes eran puestas a prueba: los viejos examinaban y votaban; los jóvenes, objeto eran del examen y de la recompensa. El más valiente, más cuerdo, más merecedor tenía el premio: ¿qué premio? La muchacha que él eligiese entre todas las de la nación. La mujer es la más fina y cabal presea; no hay cosa que más valga: así lo creyeron los Sámmites, cuando la mayor cosa a que podía aspirar el más completo joven, era la mujer que él eligiese para casarse con ella. Después seguía el que hubiese obtenido mayor número de votos que el primero; después el otro, y así los más cumplidos muchachos iban eligiendo a las más bellas niñas, y seguramente satisfacían los anhelos de su corazón, pues cuando se empeñaban en ser buenos y virtuosos, ya las tenían en él. Si estas poéticas y dulces antiguallas hubiesen de revivir entre nosotros, habría menos cobardes, menos bribones, menos viles; porque ¿quién no pondría el pecho al peligro, quién no ensayaría el honor, quién no practicaría la dignidad para llegar al blanco de sus anhelos? ¡Oh premia inestimable! Ya me figuro en una gran junta de jóvenes y viejos, averiguando los unos las buenas acciones de los otros, declarando a éste el más justo, a ése el más hondo, a aquel el más valiente de todos, y diciendo a los más merecedores: ¡Elegid! y como las más bellas y honestas rapazas están ahí, el muchacho más cabal clava los ojos en la más perfecta, pronuncia trémulo su nombre, y los jueces se la dan por esposa y compañera de toda la vida.

Es verdad que las virtudes suelen alcanzar honores, pero no es lo común, y muchas veces los que más merecen alcanzan menos: las preocupaciones son vicios, no hay duda; los vicios son contrarios de las virtudes, por eso las preocupaciones no miran en ellas. Llamen ciega a la fortuna; yo la llamaría también tonta: el ciego acierta alguna vez, el tacto le sirve de vista: el tonto, jamás. De aquí proviene que la fortuna sea mala aparejadora, madrina de uniones deslayadas, que no sabe a cual da ni a cual deja de dar, árbitro inicuo en cuyas decisiones prepondera la injusticia. Si la costumbre de los Sámmites fuera también costumbre nuestra, ¿cuántos y cuántos zompos que gozan a banderas desplegadas del bien que no merecen, se consumirían en desventurada soledad? Pero todo viene revuelto en el mundo; ya no se pregunta: ¿A cuántos injustos enemigos de la patria has quitado o la vida? ¿Cuántas veces valiste al desvalido, socorriste al indigente? ¿Qué has hecho por el género humano, o cuando menos por la nación, o cuando menos por tu familia? Veamos los efectos de tu valor; manifiesta tu propensión a la justicia; declara tus actos o palabras que redundaron en bien del procomún. ¿Tienes apego a la verdad, jamás la ocultas? ¿no hieres a tus semejantes con armas ni con palabras? ¿eres modesto, acompasado en tu conducta? ¿no antepones tu provecho a la justicia? Si respondes a mi satisfacción, ahí está mi hija, tómala. Como ella es honesta, modesta, diligente, todo lo que el hombre de bien ha de apetecer, necesita un hombre digno, pundonoroso, de valor, y de valer por sus prendas personales. De talento no hablo; eso no es mérito del que lo posee; favor de la naturaleza, he ahí todo; así como no es mérito la hermosura, si no se la realza con la virtud. Todo lo que el hombre adquiere por su voluntad y sus esfuerzos, es una recomendación, puesto que sea cosa honesta: la sabiduría, la instrucción, la prudencia y la modestia que proceden del estudio, son verdaderamente prendas que realzan a quien las posee. ¿Posees estas prendas? Ahí está mi hija.

No, ahora lo que se pregunta es, cuánto tienes, en primer lugar; en segundo lugar, cuánto tienes; y en tercer lugar, cuánto tienes: el dinero es talento, el dinero honradez, el dinero valor: y como él no entra en los tesoros del alma, los ricos de espíritu, por la mayor parte son pobres de materia. ¿Qué importa? ellos habitan otro mundo, en donde las cosas corren de manera que su suerte es de las mejores. Dicen de Pericles que no quiso dar por mujer una hija suya a un hombre opulentísimo de Atenas, y que reconvenido por sus amigos, respondió: Mi hija ha menester un hombre que necesite riquezas, y no riquezas que necesiten un hombre. ¡Sabio Pericles.

En Candía era al contrario; las muchachas elegían sus maridos a su voluntad, cuando habían conquistado este precioso derecho con su buena índole y su impoluto proceder. ¿Y no es para notarse que esta rara costumbre prevaleciese también en América entre los bárbaros anteriores a la conquista? En la antigua Nicaragua se practicaba lo que en Candía, y las mujeres eran dueños absolutos, precisamente en el negocio que más las ocupa, negocio que dice el bienestar o la desventura de su vida. Mujeres hay de desvariado juicio, es cierto; pero dudo que si ellas en general tuvieran el poder de elegir sus cónyuges, los fueran a buscar entre los ruines: prevalecerían las virtudes varoniles; no serían postergados los mejores. Dicen que el talento las seduce desde luego: Chateaubriand pretende haberse ganado el corazón de una niña, siendo ya él muy entrado en edad: pamplina; la juventud es requisito indispensable en el amor, y un viejo sabio no

puede granjearse sino el aprecio y el respeto de la gente moza. Si el valor acompaña al talento, cosa por extremo rara, ya el hombre cuenta con más franca entrada en el pecho mujeril: el gallardo denuedo puede en verdad mucho en ellas, si es que la inteligencia le arrebola con sus tornasoles; pues el ímpetu disparado, sin freno de razón, allá se va con el arrojo de los animales: el valor por sí solo nada puede, del mismo modo que la inteligencia, sin su apoyo, es dote incompleta, que poco contribuye para la felicidad. ¿No vemos ingenios prostituidos a la codicia, rendidos al temor, esclavos de la infamia? Nada vale la cabeza llena, estando vacío el pecho: empero el ingenio y el valor forman consorcio digno de los dioses, cuyo fruto es muy preciado. Ingenio cualquiera tiene: valor, también muchos; mas valor e ingenio todo junto, es don que escasea, y que la naturaleza reserva a sus predilectos. Julio César fue amado de casi todas las mujeres de Roma; Julio César era ingenioso y valiente: Alcibíades era perseguido por las más bellas y principales señoras de Atenas; Alcibíades era ingenioso y valiente: era además bello, el más bello de los griegos; ¿qué mucho que las Frines se muriesen por él? Pues la belleza es otra prenda para con las beldades femeninas, y puesto que sea la última en el concepto de los filósofos, a todo mi parecer, es la primera. Entiéndase que junto con la belleza del cuerpo ha de venir la del alma, como que la perfección física divorciada de la moral, entrará por muy poco en la opinión y el cariño de las mujeres. Las estatuas de los antiguos griegos habían ingerido amor alguna vez en el pecho de la humana criatura: cuéntase de un niño que vino a enamorarse perdidamente de la Venus de Praxíteles, y que de noche iba a llorar junto a ella, cubriéndola de besos. Era que esas estatuas tenían alma en cierto modo, visto que el cincel de esos maravillosos artistas había sido templado y afilado por las divinidades del Olimpo. Todavía es más para admirar el amor de Pasifae por el toro: pasión absurda, originada y sustentada tan solamente por la belleza material, y acaso atizada por el demonio de los sentidos. Pero en fin, raras cosas son éstas, y no vemos que las mujeres anden perdidas de amores por toros ni estatuas, cuando ninguna se escapa de entregar su corazón a algún dichoso mancebo.

Conque la hermosura es otra causa de amor, y si ella viene a un paso con el ingenio y el valor, el mortal dichoso que reúna en sí esas tres llamas celestiales, abrásaré el mundo, y no habrá mujer hermosa o fea, que no dé por él la vida. La noche del desposorio de Abdul Motaleb, padre de Mahoma, con Amnisa, doscientas muchachas árabes de las más nobles tribus murieron o se mataron de celos y desesperación. Es una virtud confesar nuestras flaquezas, ¿no es verdad? soy poco envidioso; mas confieso que Lord Byron me ha quitado el sueño, como los laureles de Milcíades desvelaban a Temístocles; pero este Abdul Motaleb, me ha muerto de envidia. ¡Diablo de árabe! ¿qué hechizos ponía en juego para ser amado de todas las mujeres? El haber causado la muerte a doscientas princesas, es verdaderamente suerte digna de envidia. Pues el padre del profeta era ingenioso, valiente y sobre manera hermoso.

Luego es evidente que las jóvenes de la isla de Candía y las de la antigua Nicaragua escogían siempre al más digno de ellas, y que eran preferidos los más cumplidos mozos. Por donde se ve que ellos habrán hecho lo posible para merecer esa elección, y que, ya tengan el derecho de ese noble escogimiento, ya sean el objeto de la parcialidad femenina, siempre tendían a las virtudes y a la perfección moral. Institución verdaderamente sabia, si las hay, que aseguraba a la grandeza de alma el galardón de su

excelencia, y que posponía a los viles y para poco, de quienes suele ser la mejor parte en estos tiempos y estas costumbres pervertidas.

En uno y otro caso, la mujer era tenida en mucho en esos pueblos, ya que ella era la piedra de toque en la cual se averiguaban los quilates del varón, cuyas acciones todas se encaminaban a merecer su estima. En los siglos venideros, tan lejos de perder algo las mujeres, crecieron en ascendiente, y su influencia llegó a ser en su todo decisiva. La andante caballería, el hidalgo galanteo, las justas, cañas y torneos, todo era en bien y en honra de las damas, y tal la devoción que los hombres les tenían, que cuando faltaba una gran cosa que hacer por ellas, se proponían duelos en su honor, para matar el tiempo. Un duque de Borbón propuso un desafío a muerte a cualquier caballero que aceptase su reto, como un homenaje a las señoras sus conocidas y parientes. Las estacadas en donde entraban esos misteriosos donceles, armados de todas armas, calado el morrión y baja la visera, con la espada y la lanza bruñidas, montados en negros bridones que relinchan al reconocer el campo, todo era galanteo, caballería amorosa; pues el motivo procedía las más veces de una mujer, y el fin era una mujer: una mujer pone las armas en la mano, una mujer ciñe la corona al vencedor; por una mujer contienden dos caballeros, por ella muere el uno y el otro vive honrado y feliz con el alcanzado premio. El paso honroso fue un homenaje a las mujeres: Suero de Quiñones es un Don Quijote de juicio, un sublime Don Quijote, que expone su vida y la de sus amigos en honor de las damas: ¿acaso esos adalides emprendían esas poéticas locuras por otro motivo ni con otro fin que el de vengar a una señora agraviada, o el de agradarla por medio de sus cortesés gallardías? En esos tiempos de amor y de finura no hubiera delito mayor ni más infame que el desaforarse contra una mujer: los varones hacían gala de protegerla, y a gentileza era tenido el padecer, y aun el matarse por ella. No como en estos tiempos, y en algunas naciones semibárbaras, en donde los tiranos no miran en la belleza ni en la debilidad mujeriles, y dejan caer su brazo así: sobre la fuerte como sobre la inerme víctima. Donde el fuero de la mujer no se ha fiado por las costumbres, y los varones no la respeten como a una deidad tutelar, la civilización no reinará sino a medias, y por fuerza y razón seremos broncos y retrógrados, por mucho que nos andemos llamando civilizados y refinados pueblos.

El respeto a la mujer no consiste en un ciego avasallamiento a sus caprichos y a su voluntad absoluta, que no siempre suele ser acertada; la educación es la primera grada de su trono: dejarla gozar de sus derechos, obligarla blandamente a cumplir sus deberes, he aquí la educación de la mujer. En llegando a su perfección moral, ya puede tenerse por árbitro de las costumbres y de las acciones de los hombres. Su imperio es blando y grato, porque su imperio es el del amor: ella no manda, obliga con tiernas insinuaciones; no reprende, hace ver las faltas, y nos castiga con benignas sonrisas; no sirve de tirano, sino de freno moderador de nuestros disparados impulsos. Si nos dejásemos llevar por ellas, seríamos menos desgraciados: las mujeres no juegan, no beben, no riñen: el tahúr no oye jamás a su esposa; ruega, llora ésta, le habla de sus hijos, le pone de manifiesto la miseria que va llegando, la deshonra que ya pesa sobre él; nada, sigue jugando, desprecia los consejos y los ayes de su mujer, y consume su ruina. El bebedor es áspero y terrible con su esposa; ésta, tierna, suave, suplicante, con él: inundada en lágrimas le ruega que acabe ese camino de perdición, que vuelva a la hombría de bien y la dignidad antes profesada;

se le cuelga al cuello, redobla sus súplicas, y por ver si vence, aplica ruborosa sus labios a los de su indigno marido; nada; recházale éste con rudeza, o la engaña con fingidas promesas, y sigue bebiendo y consume su ruina. La mujer media en las riñas: amiga de la paz, por ahí se anda derramando lágrimas, procurando acomodar a los contendientes, borrar las disidencias, volver a la perdida concordia. Con que si el tahúr oyese a su mujer, dejaría de jugar; si el bebedor oyese a su mujer, dejaría de beber; si el camorrista oyese a su mujer, huiría las ocasiones, sería buen padre, pacífico ciudadano, y como tal, querido de sus deudos y amigos, respetado de la asociación en general. El llanto de la mujer tiene generalmente un santo motivo y se encamina a un noble fin: llora por enmendar a su marido descarriado; llora por echar por buen camino al hijo: el padre le hace llorar con las dolencias y miserias de la senectud; el hermano le hace llorar con sus vicios o con sus peligros. Si alguna vez derrama lágrimas de soberbia, conviene disimular y contenerla con blandura: la paloma también se enfurece alguna vez y da picotazos a la mano que se le acerca: ¿acaso se la corrige ni se la doma con rigor? no, su índole es rendirse a la dulzura; y cuando se le pone por delante la razón en buenos términos, es cierto que se triunfa de su orgullo y su capricho.

Pienso que si la influencia de la mujer sobre el varón fuera de todo punto nula, éste sería un animal feroz e indómito, que no conociera las dulzuras de la vida, y anduviera tropezando con todas las penalidades y miserias. Poco más o menos esto sucede en los países, donde la religión o las costumbres consagran la poligamia, y donde por consiguiente la mujer es una propiedad, un trasto de que se sirve el hombre en sus bestiales impulsos: tales son los pueblos mahometanos, tales las rancherías salvajes de África, tales algunas tribus del Nuevo Mundo, que ni las luces de la filosofía han alumbrado, ni los destellos del cristianismo llegan todavía a sacarlas de las tinieblas en que viven, más del demonio que de Dios. El invencible obstáculo que oponen a la civilización los pueblos de Asia, es el amor a la poligamia, como lo han echado de ver los misioneros cristianos¹². La poligamia mantiene envilecida a la mujer, que debiendo ser igual al hombre, permanece esclava, encerrada entre las paredes de un serrallo, sin tratar con más ser viviente que con el estragado y embrutecido dueño, o con los eunucos que la custodian látigo en mano. Las mujeres son nada, en Turquía, por ejemplo: máquinas vivas para los placeres del hombre bruto, son feridas en junta de los ganados en las plazas públicas y compradas por ricos musulmanes, pasan su vida en una espléndida cárcel, condenadas, al desamor perpetuo, a la insensibilidad y al embrutecimiento. Acostumbrado a muchas mujeres, el hombre mismo no puede amar; y donde no reina el cariño, difícil es que reine la concordia. Una familia turca es un conjunto de barbaries: si de príncipes y soberanos, todos los hermanos esperan que el primogénito les saque los ojos cuando suba al trono: si de ricas personas particulares, el padre compra hermosas esclavas, y ocupado en abismarse en la concupiscencia, descuida a todos los que no le favorecen en ella: si de pobres, el desnaturalizado viejo vende a las niñas, y las entrega por dinero a la salacidad del Gran Señor o de los turcos prominentes. ¡Qué abismo, qué infierno! Y todo porque la mujer no ocupa su lugar; porque el hombre le usurpa su trono, y la tiene esclavizada. Si el Evangelio penetrase esas regiones, lo primero que haría sería redimir a la mujer: ella libre, todo lo demás correría de su cuenta.

No ha mucho tiempo, en Rusia, la mujer era víctima de la misma suerte que en las naciones donde reina el islamismo. Para ver de casarse, el hombre la compraba a precio de oro; y como la hacía suya por su dinero, la conceptuaba cosa, propiedad, no persona ni compañera en los gustos y sinsabores de la vida. Las faenas más fatigosas pesaban sobre el ente de menos fuerzas: se la uncía al yugo junto con el buey, traía a costas pesos enormes: sería de acémila, de can: su suerte, peor que la del bruto, pues éste nació para estas cosas, al paso que la otra siente dentro de sí el espíritu divino, y se ve tratar por su tirano como si no fuera de su misma especie. Las mujeres no hallaban cabida en ese bárbaro imperio, no digo en las deliberaciones de los hombres, pero ni en sus pasatiempos: estaban para servirles, obedecerles, y tras esto sufrir los embates del genio varonil, ciego y pesado, cuando no se ha sometido a ese moderador benigno y suave, es a saber, la palabra, la mano de la esposa. ¡Quién lo creyera! la prueba más clásica del amor conyugal eran el palo y el puño del marido; el cual si medianamente adicto a su mujer, había de medirla el cuerpo con los pies siquiera una vez por semana. Si no mediaba este indicio de cariño, esta manifestación de respeto, la esposa lloraba amargamente la desventura de verse despreciada o aborrecida por su consorte¹³. Así, la falta de educación pervierte la naturaleza, en términos que lo justo viene a parecer injusto, lo puesto en razón disparatado, bajo lo noble, negro lo blanco.

Nació un grande hombre en Rusia, y todo fue diferente: Pedro el Grande extendió su mirada de Providencia sobre la sociedad, las leyes y costumbres de su patria, y echó de ver al punto que esa vasta porción de hombres era una vasta porción de bárbaros, vasta porción de criaturas degeneradas e infelices. Se propuso desempantanar a sus compatriotas, y contemplándose a sí mismo, vio que era capaz de esa sublime empresa; y como un genio le inspiraba, dio al instante en el toque de la dificultad. Arrancó a la mujer del sumidero, le dio derechos, prerrogativas; la volvió privilegiada, de sierva que hasta entonces había sido. Llamola a su corte, la enseñó a vestirse con elegancia, andar siempre bien traída, hacerse respetar y amar por el hombre. Trasplantó a su reino los usos de los pueblos cultos, y con ellos, la estima y consideración por el bello sexo fueron ya una ley para el poco antes rudo moscovita.

Me acuerdo haber oído a un hombre de mucho talento, al mentor del gran Bolívar, que no había sino dos hombres grandes en el mundo: Pedro primero de Rusia, y Simón Bolívar: a Napoleón le llamaba títere, a Alejandro borracho, a César libertino. Parece que discurre Diógenes, despreciador de los hombres. Habrá desdén en ese modo de pensar, pero no hay exactitud; pues si el macedón y el romano son libertinos y borrachos solamente, cualquier otro filósofo tendrá derecho para llamar tonto a Pedro el Grande. Don Simón estaba lleno de Bolívar, y para él no había otra persona en el mundo: tenía razón el buen viejo en lo que toca al venerarle; pero no la tenía en desdeñar a los demás. ¡Títere Napoleón! ¡Buen títere que da trancadas de gigante por el mundo, va pisando en los tronos de los reyes, derribando sus solios con su varilla mágica, y guardando en la faltriquera las coronas de Europa! Encadena a la revolución más estupenda que los hombres hayan llevado a cima, la trae a sus pies, y allí la tiene bramando, pero inmóvil: ¡títere! ¡Vibra su espada en lo alto, y los monarcas se quedan fascinados y aterrados!: ¡títere! ¡Echa a andar, y los mares se cierran, y los montes se abren para darle paso, y los hombres caen a su presencia: ¡títere!

Sea de esto lo que fuere, Pedro el Grande es un grande hombre: venció al temerario Carlos, afirmó la independencia de su patria, civilizola y encumbrola en poco tiempo hasta el extremo de ponerla par a par de los mayores y más refinados pueblos. Venció por su valor, aprovechó de la victoria por su ingenio, civilizó por medio de la mujer: esta, esta es su gran obra, su obra maestra. Las mujeres de San Petersburgo son ahora parisienses instruidas, hacendosas, elegantes, amables: dominan en los hombres por la razón y el amor; ¿qué mucho que Rusia sea hoy nación civilizada, una de las cinco grandes potencias de Europa? La mujer es una Circe: transforma en cochinos a los hombres, y en hombres a los cochinos: si se la oprime, se la envilece; y de su envilecimiento nace la barbarie del hombre. Si se la respeta y protege, sin caer en cuenta, pule al hombre, le hace digno de ella y del Criador.

Los galos, como los antiguos esparciatas, pedían a las mujeres su dictamen en cualquier asunto, grande o pequeño, y su juicio era por ellos respetado, hasta el extremo de ser decisivo. Muchas victorias debieron a sus mujeres. Estas les siguen al campo de batalla, y permaneciendo cerca de ellos, les animan a la pelea con gritos y ademanes heroicos, les infunden valor y fuerza, invocan a los dioses, y reenfurecen a los guerreros, cuando con ruegos, cuando con amenazas. Si a pesar de sus patrióticas exhortaciones vuelven las espaldas, ahí es el descubrirse el seno, el mostrar los pechos de los cuales están suspendidos los parvulitos hijos suyos, el perorarles con ahincada elocuencia sobre que vuelvan al combate, pues de ser vencidos, todo aquello sería presa del enemigo victorioso. No hay trepidar: a tan cruda memoria, padres y maridos vuelven a la carga, trabucan a los contrarios, y amontonan, muertos sobre muertos. ¿No son las mujeres las que vencen?

Los galos y germanos tenían bien creído que la Divinidad se comunicaba con ellas; por donde éstas alcanzaban exquisitos miramientos de parte de los hombres, llegando la veneración a punto que a ellas mismas se las conceptuaba entes divinos, que por puro favor habitaban con los mortales. Beleda es una sacerdotisa que dispone a su antojo de las cosas y de las voluntades de ancianos y guerreros: trata con los dioses, y dicta los oráculos: a nadie le es permitido mirarla en el semblante; vive en una torre misteriosa, en la cual no penetra sino un propincuo de la pontificia. Los bárbaros no tenían más razón para creer en ella que su sexo, de cuya nobleza no dudaron ni un punto, cuya debilidad respetaron y protegieron devotamente, cual si cumpliesen un precepto religioso. Pues estos bárbaros tan bien mirados, estos bravíos galos y germanos, son ahora los franceses y alemanes, esto es, los pueblos más sabios y cultos de la tierra. Los bretones, los escandinavos, los godos y casi todos los hombres de familia caucasiana, apreciaron a la mujer en su verdadero valor, y junto con ella se han civilizado, y junto con ella poseen la sabiduría y cultura de Europa.

La lámpara inviolable de los atenienses ardía de continuo al pie de la estatua de Minerva; el apagarse alguna vez era horrendo vaticinio, señal de calamidad pública y desventura nacional. La mujer es esa lámpara: mientras arde benigna, todo va bien: su llama alumbraba la cabeza del hombre, mantiene el fuego de su pecho, y en ritmo acorde pensamientos y pasiones, la asociación sigue adelante a sus fines, puesta en sus términos la buena madre naturaleza. Si se apaga, el cielo y la tierra vuelven al caos primitivo: los hombres se

andan por ahí a tienta paredes, trabucándose y dando consigo en tierra, presa del desamparo y la ignorancia. Mantengamos la llama de esa lámpara, si ya la hemos prendido; si no, prendámosla: esa luz es la de Minerva, esa luz es la del Evangelio: sólo respetando a la mujer seremos respetables, sólo ilustrando a la mujer seremos ilustrados, sólo labrando su felicidad seremos felices. Pitágoras reveló a su hija Damo todos los misterios de la filosofía, la heredó de su ciencia, le traspasó su alma. ¿Por qué no haríamos lo que Pitágoras? Si algo sabemos, enseñémoslo a nuestras esposas y nuestras hijas; si algunos divinos secretos nos endiosan, revelémoslos a ellas, a fin de que se ladeen con nosotros: ¿no nos revelan ellas sus misterios? ¿cuántas y cuán tiernas cosas no aprendemos de ellas? Su pecho es un venero inexhausto de riquezas: liberales son ellas con nosotros; pues ¿cómo ser mezquinos con ellas? Lo abstruso y demasiado elevado, dejémoslo a la sabiduría del filósofo; pero lo necesario y útil, que ellas lo sepan. Echemos, echemos aceite en la lámpara de Minerva; la torcida es de amianto que jamás se consume.